El árbol que quería ser catedral

Eduardo Mieres

Image not found.

Capítulo 1

El árbol que quería ser catedral

¿Sabías que en la plaza de armas hay un árbol que amaba las catedrales más que nada en el mundo? ¿No me crees? La verdad es que yo tampoco lo creí del todo cuando me contaron la historia, por eso tuve que ver con mis propios ojos al intrigante, curioso y quizás poco naturalizado árbol para dar crédito a lo que mis oídos habían escuchado. Fui a la plaza de armas, cerca de la glorieta, siguiendo las indicaciones para el reconocimiento de este peculiar fenómeno del amor cuando lo vi y comprendí al instante: este árbol amaba las catedrales más que nada en el mundo, incluso tanto o más que a sí mismo, era tanto su amor que su naturaleza se confundía con ellas.

Pero no nos vayamos tan rápido, déjame que te relate en una breve pero interesante historia tal como me la contó un viejo ciego que tocaba blues en Estado con Huérfanos, cuando fui a felicitarlo por su maestría con la guitarra y pasión en la interpretación; me agarró del brazo, y, azorado al principio pero luego más sereno al comprobar que yo le estaba escuchando, me relató algo que al parecer, quería decir hace mucho.

Cuando lo veas, me dijo, lo reconocerás al instante: su tronco principal, cual columna, dio lugar al nacimiento de gruesas ramas que salen en horizontal hacia todos lados y que luego se curvan hacia arriba, sosteniendo la bóveda de su follaje. Las ramas donde están las hojas se elevan a un poco más de dos metros y se distribuyen, nuevamente en horizontal, hacia afuera, creando una atmósfera propicia para sentir el recogimiento propio de las catedrales una vez que ingresas a su espacio sagrado, ahora te pregunto: ¿cómo sabes que has entrado a un lugar sagrado? pues simplemente lo sabes, es como traspasar un umbral invisible hacia un espacio que sabes que tienes que respetar sacándote el sombrero o algo por el estilo, aunque no lleves ninguno puesto. Sus hojas son de un verde oscuro, pequeñas y muy próximas unas con otras, creando sistemas organizados como bóvedas que le dan un sentido de estructura al “edificio”, allí una capilla, acá la nave principal, más allá el lugar del altar, está toda una catedral representada, vamos, hay que ayudar un poquito con la imaginación pues el árbol hizo lo mejor que pudo dada su condición inmóvil y solitaria de árbol, nadie lo ayudó, pero aún así, hizo mucho más de lo que se hubiera esperado, el amor puede tanto.

Después, al recordar en mi casa esta experiencia, me asombraba darme cuenta del hecho de que mientras el viejo ciego me contara la historia del árbol, nunca me preguntara acerca de cómo un ciego podía hablarme de colores, distancias, frondosidades: simplemente, encantado con esa entrega desinteresada y viéndolo tan entusiasmado, me dejé envolver por

sus palabras sin cuestionarlas.

Este árbol, de niño, me dijo, siempre fue muy imaginativo y se deslumbraba escuchando las historias de ciudades lejanas que le contaban los pájaros que recalaban en él todas las temporadas: climas que nunca había vivido, árboles inmensos como torres, personas de distintos colores y condiciones, edificios de distintos materiales y alturas que rodeaban la plaza principal de cada ciudad, la proximidad del mar, asombrándolo, con su grave y constante rumor y humedad. También escuchaba a los árboles próximos y más viejos, que de tanto ver el pasar el tiempo desde un mismo lugar han tenido que desarrollar mucho la imaginación para no aburrirse, son grandes inventores de historias hasta el punto de que ellos, cuando se las contaban entre sí, no sabían cuál era cierta y cuál no.

Entonces, a este árbol en crecimiento le empezó a llamar la atención, cuando le contaban sobre la vida de las plazas de armas de las capitales o de las ciudades más importantes donde los pájaros hubieran estado, unos hermosos edificios, todos únicos en su clase pero compartiendo proporciones y formas comunes con los demás, más altos incluso que los árboles, que, invariablemente, tal como ocurría con la suya, acompañaban a todas las plazas de las grandes ciudades. Había algo en esos edificios y en ese estar juntos plaza y catedral constante y en todas partes que le gustaba, pero no sabía bien qué era eso.

Ya más crecido e identificado su gusto por estas construcciones, era lo primero sobre lo que les preguntaba a los pájaros migratorios, les pedía descripciones detalladas de las fachadas y de los interiores, cuando éstos podían entrar. Así se fue maravillando cada día más, en las ocasiones en que escuchaba a los pájaros relatar con los pórticos, las columnas y los arcos, las ventanas de ojiva, las alturas inconmensurables a las que estos edificios deseaban alzarse sin importarles su seguridad y los diferentes tipos de materiales con que eran construidas las diferentes catedrales; le hacían soñar particularmente las descripciones de las iglesias de Chiloé, de madera y lata en medio de bosques y colinas y lluvia. Le gustaban sobre todo las decoraciones, el arte puesto en cada pared, en las estatuas y figuras que hacían reconocible e identificaban a cada edificio; con el tiempo, incluso, logró clasificar el estilo de cada construcción.

Pero este gusto por el exterior no era nada comparado con lo que sentía cuando los pájaros, ayudados por un pequeño vidrio roto podían entrar a la catedral y revolotear un buen rato en su interior, y le contaban ahora sobre las inmensas bóvedas, las pinturas sublimes en los techos y paredes, los inmensos arcos sostenidos por gruesas y fuertes columnas bellas y delicadamente trabajadas. Fueron los pájaros quienes le contaron sobre el espacio sagrado de las catedrales, le contaron cómo el eco de los cantos se repetía infinito y profundo dentro de sus paredes, de cómo la gente guardaba silencio respetuosa formando un oasis de calma mientras afuera el bullicio se enorgullecía ignorante de sí mismo. Y los vitrales, los

vitrales, se maravilló al escuchar y ver a través de los cantos de los pájaros la multiplicidad de sus colores y formas, las historias que se contaban a través de ellos, de cómo dejaban pasar la luz hacia las personas y así éstas se transformaban, quedaban envueltas en rojos, amarillos y azules, rodeadas de una calidez y hermosura iridiscente como de sueño, no dando ganas de despertar a la realidad fuera de ellas.

Así fue como este árbol supo también de capillas, ardientes y frías, naves principales y secundarias, feligreses y altares, púlpitos y sanctasanctórum, sermones, oraciones y trémulas esperanzas, acogidas, alegrías y agradecimientos íntimos e intransferibles.

Fue así, de tanto amor que iba sintiendo por la belleza, magnificencia y bondad que sentía emanaba de las catedrales que en su crecimiento se fue transformando en aquello que más amaba, así su tronco fue como una gran columna de la que salían otras tantas que sostenían los arcos y bóvedas ligeramente combadas de su techo; su follaje, como un vitral, al rumor y agitación del viento se quebraba dejando pasar haces de luz que jugaban entre sí, el espacio un tanto circular que abarcaba invitaba a pasar a su vera con un sentimiento de descanso y frescura, profundo y como renovándose constantemente. Por este amor el árbol supo y pudo desarrollar su naturaleza bella y serena, acogedora, feliz de reconfortar con su sombra y deleitar con su delicada pero firme estructura a quien quisiera entrar, por los motivos que tuviera, en el espacio invisible y libre que creaban sus largas ramas que se sostenían firmes en el aire. Por este amor el árbol supo quién y cómo era, disfrutando silencioso absorbiendo el eco de los cantos y voces que amparaba bajo su copa, por este amor el árbol pudo ser la promesa impresa en su semilla.

El viejo ciego se detuvo en este punto, solemne y emocionado, pude ver que una lágrima se deslizaba de su ojo derecho, yo me sentía transportado como en un sueño. Comprendiendo que la historia ya había terminado, consulté mi reloj y vi que había transcurrido más de una hora desde nuestro encuentro, aunque para mí no habían pasado más que diez minutos. Le agradecí lo mejor que pude el haberme compartido historia tan bella y singular, una historia de esas que pasan desapercibidas pero en las que se respira algo que uno sabe es importante. Por supuesto, y picado por la curiosidad y un pichintún de incredulidad, me dirigí raudo a la plaza de armas, estaba tan cerca, no cabía en ansias de encontrar tal peculiar árbol y corroborar la historia. No me costó para nada dar con él y ahí estaba todo: las columnas y las bóvedas, los vitrales y el espacio, el arte con el que había crecido, los arcos y el recogimiento, el frescor de su serenidad.

Luego de extasiarme unos instantes con este encuentro en la plaza, y ya más tranquilo, me quedé en un banco cercano al árbol, viendo y admirando a quien, por amor, se transformó en lo que amaba. Por un buen rato me quedé allí, observando a la gente que pasaba, a un

vendedor de helados por ejemplo, que tomaba su descanso bajo la sombra del árbol cada tanto, pues recorría la plaza vendiendo, se notaba que le gustaba esa sombra, pero quizás él no sabría explicar porqué. Me quedé allí y por un tiempo sentí que todo estaba bien.

Me contaron esta historia, yo te la cuento a ti, y ahora que la conoces, tú decides si quieres creerla o no, el árbol sigue allí, como una catedral, dando sombra, esperando.